

Recibido: 12/09/2015
Aceptado: 19/01/2016

Tiempos actuales. Un recorrido personal*

María Alejandra Rey

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

RESUMEN

En este trabajo la autora propone un recorrido por tres ejes: el tiempo en su práctica clínica, pensando las nuevas tecnologías; un tiempo personal y, por último, un tiempo histórico institucional.

Presenta algunas viñetas para abrir la interrogación sobre el lugar de las nuevas tecnologías en la práctica clínica y el lugar de los analistas en nuestra época, tratando de conjugar la idea de un tiempo de intimidad con el tiempo del hombre post-moderno que permita sostener espacios de reflexión productivos.

Señala diferentes tiempos en la historia del psicoanálisis: de creación, de espera, de perplejidad, de oposición, de elaboración, de cambios.

Realiza un punteo por su recorrido teórico, conjugando su experiencia de análisis y supervisión, con sus tiempos personales, incluyendo el contexto institucional en el que realizó su formación psicoanalítica.

Deja abierta la reflexión a nuevos usos del tiempo y espacio que permita crear y sostener el diálogo y el pensamiento psicoanalítico en la actualidad.

ABSTRACT

In this paper the author proposes a tour of three axes: time in clinical practice, thinking of new technologies; personal time and, finally, an institutional-historical time.

The author presents some vignettes to open the debate on the role of new technologies in clinical practice and the place of the analysts in our time, trying to combine the idea of intimacy with the time of post-modern man, in order to sustain opportunities for a productive reflection.

The author points different times in the history of psychoanalysis: creation, timing, bewilderment, discouragement, working through, changes.

She also analyzes her theoretical route, combining her experience of analysis and supervisions, with their personal time, including the institutional context in which she made her psychoanalytic training.

Finally, she finishes her paper leaving open reflection to new uses of time and space that allows creating and sustaining dialogue and psychoanalytic thinking today.

* Versión ampliada del trabajo presentado en la mesa de apertura del XIX Simposio Anual de SAP, 2015.

DESCRIPTORES: REALIDAD – VÍNCULO – PORTAVOZ – GRUPO – MUNDO INTERNO

KEYWORDS: REALITY – LINK – SPOKESPERSON – GROUP – INTERNAL WORLD

Tiempos actuales. Un recorrido personal

Todo es muy simple mucho / más simple y sin embargo / aun así hay momentos / en que es demasiado para mí / en que no entiendo / y no sé si reírme a carcajadas / o si llorar de miedo / o estarme aquí sin llanto / sin risas / en silencio / asumiendo mi vida / mi tránsito / mi tiempo.

Idea Vilariño

No se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

Cervantes

El presente es indefinido, el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente y el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente.

Jorge Luis Borges

Este trabajo va a transitar por tres ejes: el tiempo en mi práctica clínica, pensando las nuevas tecnologías; un tiempo personal y, por último, un tiempo histórico institucional.

El tiempo en la práctica clínica.

Pensando las nuevas tecnologías

¿Cómo se conjuga la idea de un tiempo de intimidad con el tiempo del hombre posmoderno?

Podríamos preguntarnos, también, cuál es el lugar que nos cabe como analistas y si será posible resguardar este espacio de reflexión en nuestra época. Marcelo Viñar (2002) cree que es imprescindible conquistar “un espacio de remanso para un mundo de vértigo” (p. 36).

Presento algunas viñetas de las tantas que aparecen hoy en mi consultorio, intentando reflexionar acerca de las transformaciones que observamos en la clínica producto de los cambios de época y de los desafíos que se nos presentan en las circunstancias actuales que nos toca vivir.

Carina

Carina tiene 29 años. Manifiesta un desasosiego general, falta de energía y poco entusiasmo para encarar sus actividades. Se queja continuamente de todo: trabajo, estudio, deportes, familia, pareja. Duerme mal, está contracturada y se automedica. A medida que la voy conociendo –y tratando de sostener una contratransferencia difícil, ya que cualquier intervención mía es taponada por sus quejas– empieza a aparecer en el relato, el enorme peso que fue, y es, para ella, tener que ayudar a su padre económicamente, ya que éste hacía descalabros financieros. Esto implicó poner propiedades y un auto a su nombre y pagar deudas del padre con su tarjeta de crédito. No era fácil para ella poder hablar de este tema, lo minimizaba y lo dejaba de lado. Un día, como todas sus sesiones, comenzó con la serie de quejas habituales. En un momento su celular vibró. Se puso incómoda y dijo que era el padre que la llamaba. Silenció el teléfono, pero permaneció atenta a ver si volvía a sonar. Le pregunté si necesitaba atender. Primero sostuvo que no pero, ante la insistencia del padre, respondió a su llamado. Fue breve, le dijo que estaba en sesión, que le dejara unos datos por mensaje de texto y que ella lo llamaría más tarde. Cuando cortó, se puso furiosa. Comenzó a quejarse del padre, diciendo que siempre la importunaba con sus cosas y que ella tenía que hacerse cargo de todo. Fue la primera vez que la vi reaccionar de esa manera. Dejar que esa llamada se efectuara, permitió que apareciera en sesión algo de la dinámica familiar que, tal vez, no hubiera aparecido de otro modo.

José

Durante los primeros meses de su tratamiento el teléfono de José no dejaba de sonar por lo menos tres o cuatro veces en el transcurso de las sesiones. Su jefe continuaba llamándolo fuera de su horario de trabajo y José no podía desconectarse. Llevó tiempo para que, él mismo y por su cuenta, decidiera no contestar o apagarlo. Nunca le sugerí que dejara de atender los llamados. Me

limité a escuchar sus quejas, sus dificultades y a tratar de entender qué era lo que le impedía instalarse en un espacio de privacidad. Los mensajes telefónicos durante la sesión fueron desapareciendo gradualmente. Años después, sólo atendió una llamada de emergencia y lo escuché resolviendo con solvencia una situación compleja. Me dijo que se había animado a actuar con decisión porque sentía que yo lo respaldaba.

Carmela

Carmela consulta por sentirse angustiada frente a cambios en su vida de pareja (como motivo manifiesto). Desde la primera entrevista llega tarde. Suspende muchas veces por trabajo, hasta que me voy dando cuenta de que, a pesar de su desconfianza inicial, su modalidad consiste en venir, aunque tarde, pero sostener los encuentros. Paradójicamente, los días que dice estar más angustiada son los que más tarde llega, dejando poco espacio para la reflexión o para que esa angustia se despliegue. Fui señalando estos episodios; nunca dudé en mantener ese espacio aun en esas condiciones, no creía que fuera oportuno interrumpirlo. Tenía la esperanza de que se pudiera ir instalando un espacio mayor de reflexión entre ambas. Cuando esto empezó a lograrse, se puso en evidencia que su dificultad para tener la sesión completa estaba al servicio de no enfrentarse con episodios traumáticos previos. Llegó en horario a la última sesión previa a mis vacaciones; pudo desplegar allí su angustia, su dolor por la relación con un padre autoritario, la humillación que sintió haber padecido en su infancia y adolescencia se confrontó con su temor a que yo la juzgara por mostrarse expuesta, débil y vulnerable, y que su imagen se viera afectada. Cuando retomamos las sesiones llegó nuevamente en horario. Han pasado más de diez meses. Recién ahora, me dice, va encontrando un espacio en donde hablar con confianza de algunos temas que, por el momento, sólo enuncia: “Son temas muy difíciles para mí, todavía no.”

El trabajo con estos pacientes me recordó un trabajo anterior (Rey, 2013), donde me preguntaba si era posible sostener un espacio de juego e ilusión que despliegue potencialidades:

La inquietud me parece que tiene lugar en estos tiempos de inmediatez en donde el tiempo real anula cualquier distinción entre el futuro y el pasado dejándonos, al decir de Virilio (1993), sobreexpuestos a la intensidad del momento presente, donde es posible la presencia aquí y ahora del mundo entero. (p. 195)

Vivimos hoy en un mundo en que la experiencia de intimidad se ha vuelto “éxtima” (Sibilia, 2010), en la que pareciera quedar poco lugar para la construcción de intimidades, generando sujetos precarios, acrílicos, vacíos, expuestos, fragmentados y sumergidos en un mundo sin límites. La globalización crea una mayor permeabilidad de las fronteras y transforma los modos de comunicación, la transmisión del saber y de las normas.

¿Cómo generar distintos espacios interiores, momentos de experiencia de encuentro entre dos, que posibilite que puedan ser habitados nuevos lugares subjetivos e intersubjetivos? El psicoanálisis tiene por delante la tarea de ir abriendo resquicios en la seguridad de lo ya pensado e imaginar nuevas preguntas. El contexto actual es muy diferente del escenario de la sociedad moderna. Los cambios del campo social y los de la profesión analítica se entrelazan. Tanto paciente como analista somos afectados por las prácticas del medio que habitamos.

Si somos honestos con nuestro trabajo podemos ver que éste se ha transformado, que los pacientes actuales tienen diferentes maneras de interacción, que nuestra manera de practicar la clínica está cambiando hoy.

La evolución tecnológica viene afectando nuestros espacios personales y profesionales. Mis pacientes cambian sus turnos por WhatsApp; rara vez usan el teléfono. Me he ido adaptando a estos nuevos requerimientos de época, porque yo misma he ido integrando nuevos dispositivos tecnológicos a mi vida diaria casi sin darme cuenta. Estamos viviendo un nuevo paradigma en el que se abre un enorme potencial de intercambio e interacciones novedosas.

¿Qué hacemos con las nuevas tecnologías? ¿Nos genera curiosidad o rechazo, las hacemos nuestras o las excluimos? ¿Es la tecnología la que nos transforma o podemos apropiarnos de ella para mejorar nuestra vida cotidiana, nuestro rendimiento profesional y nuestra comunicación con los pacientes? ¿Cómo pienso la relación de mis pacientes con la tecnología, mi relación con ella, la relación entre ambos? ¿Cómo ingresa en el consultorio? ¿Vamos a tratar de entender de qué se tratan estos cambios o nos vamos a excluir pretendiendo que no nos alcanzan? Explorar herramientas desconocidas pone en juego nuestras certidumbres. Se abren dudas, momentos de desconcierto y de sorpresa.

Bion (1966) decía que los cambios producen “turbulencias” porque nos obligan a apartarnos de los terrenos conocidos que nos dan seguridad. Y porque además, cada espacio de conocimiento que vamos iluminando nos hace ver cuántos más quedan en penumbra.

Se nos plantea, entonces, explorar lo nuevo a conocer. Nuestros pacientes, los nacidos en estos días, ¿configurarán una red diferente, una trama vincular distinta con la tecnología? ¿Se lo cuestionarán, siquiera, como lo hacemos nosotros, los que hemos pasado por el proceso de ir viendo cambiar los tiempos?

Recorriendo bibliografía psicoanalítica actual, me encontré con el trabajo de una colega mexicana (Rodríguez Plasencia, 2015), quien transmite su vivencia con el uso de Skype en una experiencia propia de análisis. Ella abre el juego para pensar los nuevos modos en que la intimidad hoy se comparte, sosteniendo que las formas de relación surgidas con el desarrollo tecnológico han dado un giro a las configuraciones sociales contemporáneas. Al decir de Lemma (2015), citando a Kranzberg, (1986) “la tecnología no es buena ni mala, tampoco es neutral” (p. 1). Encuentro en ambas autoras una inquietud que hago mía: no sólo no dejan de tener en cuenta los potenciales riesgos de esta forma de presencia (la ilusión de “tiempo real”), tal vez obturando las posibilidades de despedidas o elaboración de ausencias, sino que enfatizan la posibilidad de “reflexionar, investigar, recolectar experiencias y seguramente desarrollos teóricos que surgen de esta condición a la que como psicoanalistas no podemos abstenernos sin profundizar en los alcances, limitaciones, posibilidades o riesgos implicados en una relación psicoanalítica virtual” (Rodríguez Plasencia, 2015, p. 56.) Si bien no he desarrollado la práctica del psicoanálisis vía Skype, sí me he encontrado con situaciones como las que describí al comienzo en las viñetas, donde creo que se van transformando los modos conocidos de relación, con las derivaciones que pueden incidir en la forma de subjetivación del mundo contemporáneo. El lenguaje se llena de términos propios provenientes de las nuevas tecnologías, y los pacientes, y nosotros mismos, hablamos de nuestras experiencias o somos usuarios de las redes sociales que “impactan sobre la formación de la identidad: grupos de individuos organizan y validan sus experiencias como comunidad en forma virtual” (Lemma, 2015, p. 1).

Lejos estoy de poder dar respuestas a estos interrogantes. Creo que, como a tantos, esta temática me inquieta y estoy abierta a pensar posibles implicancias en la práctica clínica sabiendo que no hay suficiente distancia, aún, entre los hechos que vivimos y la elaboración de hipótesis que puedan dar cuenta de estos fenómenos.

Rodríguez Plasencia (2015) continúa diciendo que:

[...] este es el mundo en que vivimos, el mundo del que formamos parte y que aun cuando pretendiéramos oponernos al empuje de los avances tecnológicos es inevitable, que poco a poco los psicoanalistas tenderemos a encontrar formas de habitar los nuevos espacios a los que la cotidianidad nos va llevando. El desafío de esta época implica nuevos paradigmas relativos al tiempo y al espacio, la presencia o ausencia, la realidad o la ilusión (p. 57).

Tal vez no sea desacertado adoptar la idea de un mundo “virtualmente real” (*virtually actual*) (Lemma, 2015, p. 4), un mundo que *es y no es*; un espacio creado por las nuevas tecnologías, que lleva a zonas no exploradas, tanto de los encuentros virtuales como la de los encuentros presenciales mediados por la tecnología. Situaciones también inéditas, vínculos que surgen por primera vez, que se *editan* por vez primera (Nemirovsky, 2007), que nos obliga a estudiar, entre otras cosas: la tecnología como herramienta entre analista y paciente que facilita encuentros que no serían posibles de otro modo; cómo inciden las nuevas tecnologías en la subjetividad; cómo usamos la tecnología y si la dejamos entrar al consultorio (al modo de la primera paciente descrita en las viñetas, dejando lugar a la exploración de lo que allí se despliega).

O como también le pasó a otro paciente, Juan, próximo a cumplir los 40 años, quien, luego de la muerte de su padre, decidió comenzar un régimen para adelgazar (tenía un sobrepeso importante) al mismo tiempo que iniciar terapia. No tenía en ese momento un grupo de amigos y pasaba los fines de semana encerrado en su casa comiendo y viendo televisión. Ante la insistencia de un compañero de trabajo, abrió una cuenta en Facebook y se sumó a un grupo de WhatsApp a partir de los cuales empezó a conversar y a poblar sus días de intercambios y comunicación fluida, dando lugar a más salidas, encuentro con mujeres, vida social y deportiva intensa.

Explorar estas situaciones pone en juego, también, nuestras limitaciones. Crear intimidad depende, en muchos casos, de la capacidad de empatía, de nuestra actitud analítica, de saber esperar el momento propicio (como se ilustra en las viñetas 2 y 3), tolerando la incertidumbre y pudiendo esperar a que se consolide el vínculo.

“La capacidad de abrir espacios de intimidad y cercanía desborda lo concreto de un situación en la que por otra parte, el consultorio como

espacio compartido la propicia, pero no necesariamente la garantiza” (Rodríguez Plasencia, 2015, p. 62). Esta autora, refiriéndose al Skype –pero yo creo que lo podemos hacer extensivo a todo modo de relación mediado por tecnologías (incluso el término *mediado* no alcanza para dar nombre a lo novedoso que surge)–, señala que: “como herramienta [...] tiene fuertes limitaciones, pero también plantea alcances inéditos antes los que es necesario traspasar nuestras resistencias a lo nuevo para poder posicionarnos dentro de la subjetividad propia de este milenio, y lo que aún está por venir” (p. 62).

Lo que ciertamente se transforma es la naturaleza de la intimidad. Las relaciones en la actualidad, se dan –gracias al impacto de la conectividad– en mundos reales y virtuales que se han empezado a homogeneizar, al modo de un tejido sin costuras.

Al respecto, Lemma (2015) señala que “las formas de relación más superficiales y las más íntimas incluyen una mediación, pasamos cada vez más tiempo participando en relaciones incorpóreas” (p. 3). “[...] El enviar mensajes de texto puede ser pobre en contenido o una manera de no relacionarse, pero también puede ser rico en su relevancia interpersonal, en el propio acto de ponerse en contacto” (p. 3).

Es cierto que muchas personas pueden hacer un uso incorrecto de la tecnología y que esto altere o no ayude a manejar la relación con la realidad, pero los avances tecnológicos permiten crear oportunidades para el aprendizaje, para la creatividad y ayudan en los procesos de desarrollo. Lemma (2015), agrega en una nota al pie: “Estos nuevos medios también ofrecen oportunidades para aumentar la accesibilidad al cuidado de la salud mental, incluyendo las intervenciones psicoanalíticas” (p. 3). Hay mucho que aprender, dice, sobre todo para crear un mejor encuadre y salvaguardarlo, pero esto no implica que no se pueda trabajar psicoanalíticamente (Lemma y Fonagy, 2014).

Otro paciente decía, al final de su análisis: “*Sé que este espacio es ficticio, pero es lo más real que tengo*”.

Tal vez el mayor desafío sea animarnos a mirar en este nuevo espejo en el cual los mundos virtuales pueden ser un nuevo escenario para que los pacientes puedan actuar nuevos dramas, representar nuevos cuerpos, imaginar distintas posibilidades, incluso para nosotros mismos como analistas. “Con cada simulación y transmisión descubrimos no sólo nuevas tecnologías sino también nuevas facetas de nosotros mismos” (Lemma, 2015, p. 12). Espacio de transición que puede facilitar una experimentación útil con identidades nuevas, multitu-

des de espacios “potencialmente seguros para aquellos que están ansiosos por investigar quiénes son, así como espacios en que aquellos que no están seguros de sus preferencias sexuales pueden explorar varios aspectos de su sexualidad” (Lemma, 2015, p. 7). Incluso, para jugar a ser un hombre deseado y que puede intercambiar con una mujer diálogos en la red a modo de prueba de futuros encuentros “cercanos”, como le pasa a mi paciente Juan. Un riesgo sería que Juan se quedara en ese espacio virtual, refugiándose de las exigencias de la realidad, sólo en una simulación de relación. Pero, ¿por qué no pensar que, más allá de creer que la tecnología es una especie de demonio que causará patologías, Internet y el uso de las redes sociales y el ciberespacio pueden ofrecer un medio accesible para representar los conflictos y, tal vez, para resolverlos?

José, 30 años, en pareja con una mujer de su edad que tiene una hija de 5 años, está atemorizado frente al encuentro con la pequeña. No sabe cómo reaccionará ella pero tampoco él, que dice ser poco comunicativo con los chicos. Para su sorpresa, la nena comienza a enviarle mensajitos de voz por WhatsApp a los que él responde. También han iniciado conversaciones vía Skype en los que se va dando un intercambio fluido en ese espacio virtual que precede y alivia el temido encuentro presencial.

Creo en repensar el sentido y el significado de la privacidad y la intimidad, no ubicarnos en un lugar que critique los modelos de la época sino poder observar e intentar un trabajo de reflexión sobre lo que ocurre, pensando en acompañar y facilitar posibilidades de encuentro, rescatando la posibilidad de construir intimidades, aunque eso lleve tiempo.

El último Congreso de la IPA en Boston (2015), se dedicó a pensar cómo la técnica psicoanalítica ha sido –o no– afectada por los fenómenos de un mundo cambiante. Alessandra Lemma (a quien he citado extensamente) en unos de los paneles centrales, aclaró que:

[...] lo que debe cambiar básicamente para dar cabida al mundo cambiante, [en su opinión] es nuestra voluntad de interesarnos en la tecno cultura y en otras disciplinas que pueden ayudarnos a entender estos cambios y estar abiertos a cómo esto puede requerir que reconsideremos nuestros preciados supuestos. Esto incluirá cómo hacemos las cosas (es decir, la técnica), pero no sólo eso. Nuestro encuadre interno también debe cambiar, de modo que podamos estar específicamente en sintonía con crecer y vivir en tiempos de la tecno cultura (p. 2).

Entre otras cosas, esa actitud puede requerir que debamos “concentrarnos más en ciertos aspectos de las experiencias de nuestros pacientes que están directamente afectados por las nuevas tecnologías [...] y ser receptivos a la posibilidad de que los avances tecnológicos puedan ser usados para ayudar al desarrollo psíquico tanto como pueden ser usados para obstaculizar la experiencia” (p. 2).

Esta autora enumera una serie de riesgos, entre ellos el de que una persona pueda instalarse en un mundo personal propio donde las leyes del principio de realidad ya no se apliquen. Pero sostiene, a la vez, las oportunidades que el ciberespacio ofrece para elaborar situaciones y dar experiencias distintas que puedan ayudar al desarrollo.

En sus conclusiones sostiene que el ciberespacio no es un espacio homogéneo; que este espacio permite representaciones e interacciones y que, lo que “trasciende los espacios online y offline es el individuo” (p. 18)

Piensa al ciberespacio como un espacio potencial para la experimentación que puede facilitar la elaboración psíquica, no considerando si es correcto o incorrecto, bueno o malo, sino si “psíquicamente el individuo puede lidiar con lo que se presenta o lo que se actúa dentro de un espacio virtual dado” (p. 18). Las generalidades, dice, tienen un valor limitado, en razón de lo cual necesitamos una “lente psicoanalítica para focalizarnos en cómo la tecnología puede interactuar para bien o para mal con economías psíquicas particulares” (Lemma, 2015, p. 18).

Volviendo al tiempo

Al tratamiento, creo, no hay que prescribirle tiempo ni rumbo. Freud (1980[1913]) nos decía que no se puede anticipar lo que va a venir, ya que el análisis es un proceso que una vez que comienza, sigue su propio camino y no admite que se le prescriban “ni su dirección ni la secuencia de los puntos que acometerá” (p. 132).

Tal vez se trate de un ir transitando en la experiencia, con un respeto absoluto por los tiempos del otro –al modo de una *madre suficientemente buena*, que ayuda a ir de la dependencia a la independencia (siempre relativa)– acompañando y dando tiempo para el despliegue de las potencialidades. Confiar en que algo va a ocurrir, si se puede esperar. Eso me dijo mi primera analista cuando pedí análisis sin saber muy bien de qué se trataba. Fue un análisis de una vez por semana, con una analista atenta y cuidadosa, que confió en que era posible un

encuentro provechoso, aun cuando mis condiciones en ese momento no eran favorables, al menos económicamente.

El mismo tiempo y respeto por mi individualidad que luego tuve con mi segunda analista, esta vez en un encuentro de tres veces por semana, acompañando un proceso de maduración e integración de experiencias.

El Eclesiastés nos recuerda que: “[...] Todo tiene su tiempo, y todo [...] tiene su hora [...] tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar;⁷ tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar [...]”. (Capítulo 3. *Santa Biblia*, Reina Valera, 2009. pp. 1091-1092).

Este ejercicio de reflexión me lleva a pensar en:

a) Tiempos del paciente:

Para integrarse. (Consigno mismo y en su relación conmigo).

Para habitar un cuerpo como unidad temporal y espacial.

Para tener experiencias para lograr un self.

b) Tiempos del analista:

De paciencia, para poder empatizar con un extraño.

De confianza.

De dar continuidad al proceso a pesar de las dudas, tolerando las incertidumbres.

Tomarse, uno, tiempo y darse/darle tiempo para que emerja –en ambos– lo inédito. Tiempo de dos personas que *juegan juntas*, necesario para que se despliegue un *espacio potencial*. Winnicott (1971) destaca que “la psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego: la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas [Y, cuando] el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta en llevar al paciente, de un estado en que no puede jugar a uno en que le es posible hacerlo” (p. 145). Ese espacio potencial necesita de tiempo suficiente para poder desplegarse. Relacionando el jugar y la experiencia cultural señala que ambos “[] vinculan el pasado, el presente y el futuro; ocupan tiempo y espacio” (p. 145). El jugar tiene un lugar y un tiempo. No se encuentra “adentro” ni “afuera”. “Para dominar lo que está afuera es preciso hacer cosas, no sólo pensar o desear, y hacer cosas lleva tiempo. Jugar es hacer” (p. 75). Y, entre ese hacer que lleva tiempo, “el terapeuta se ocupa de la eliminación de los obstáculos evidentes para el desarrollo” (p. 75).

También Masud Khan (1982) me da algunas pistas para pensar el tiempo en la clínica. Se refiere al “estar en barbecho” como “[...] un estado transitorio de experiencia, un modo de emparentarse con una quietud despierta y con una conciencia receptiva y ligera” (p. 75). Muchas veces se han descuidado algunas necesidades fundamentales de la persona, como la de gozar de su intimidad, la de estar no-integrado y la de estar en barbecho. Muchas veces hay intrusiones (las interpretaciones o intervenciones a destiempo, el querer imponer marcos a ultranza, o teorías forzadas) que no promueve el crecimiento personal.

Tenemos que dar lugar a experiencias íntimas y silenciosas. No estados ociosos, sino una capacidad de espera, “despierta y alerta: no integrada, receptiva y lábil” (p. 78).

Bolognini (2015) propone que “la relación analítica sea una posibilidad de vivir una experiencia de sintonía compartida, alejándonos de artificios teóricos defensivos para facilitar el acceso a una intimidad que no se logró en la experiencia vincular temprana” <https://www.facebook.com/SociedadPeruanaPsicoanalisis/posts/709294129202897:0->

El tiempo en la historia del psicoanálisis

Alicia: ¿Cuánto tiempo es para siempre?

Conejo blanco: A veces, es solo un instante.

Lewis Carroll

A lo largo de la historia del psicoanálisis también ha habido diferentes tiempos: de creación, de espera, de perplejidad, de oposición, de elaboración, de cambios. Remito al trabajo de Wallerstein (1988), “*¿Un psicoanálisis o muchos?*”, donde despliega la diversidad psicoanalítica creciente. Allí señala que el psicoanálisis no siempre se caracterizó por esta pluralidad. Primero, se debió a la inventiva de Freud y su creatividad, el desarrollo y el fortalecimiento de la disciplina. Luego, comenzaron a aparecer divergencias que hacían peligrar el edificio teórico que Freud se esforzó en definir y mantener unificado. Los primeros colaboradores fueron parte del Comité de los Siete, quienes intentaban crear condiciones de estabilidad para las doctrinas psicoanalíticas centrales, A pesar de ello, varios se apartaron del camino (Adler, Stekel y Jung, en primer término). Posteriormente, fueron Ferenczi y Rank.

Lou Andreas-Salomé (1912) decía que el tiempo de Ferenczi debía llegar. ¿Por qué no había llegado? Posiblemente, porque Ferenczi recibía los pacientes difíciles, los que requerían paciencia o intentar hacer algo diferente, o un esfuerzo para comprenderlos mejor. Pacientes que requerían una adaptación, entendida, como después retomará Winnicott (1971), al modo de una *madre suficientemente buena* que puede atender las necesidades de un niño más cercano al no-ser y permita una gradual separación e individuación.

Refiriéndose al tiempo, Ferenczi (1927b) sostiene que el analista debe tener “tacto”, una enorme paciencia:

Este ‘pronto’ o ‘tarde’ [con respecto a las intervenciones] contiene una alusión a la importancia del factor tiempo para que un análisis pueda ser completamente finalizado. Ello no es posible más que si el análisis dispone de un tiempo, por así decirlo, infinito. Estamos de acuerdo con quienes pretenden que un tratamiento tiene tanta más garantía cuanto más tiempo dispone para su desarrollo. Se trata menos del tiempo físico, del que dispone el paciente, que de su determinación interior a mantenerlo todo el tiempo que sea necesario, sin calcular su duración real del tiempo (p. 71).

El movimiento psicoanalítico siguió su curso y, en la década del 20, también se desarrollaron las ideas de Melanie Klein y las discusiones en el seno de la sociedad británica, dando lugar –según lo planteado por Wallerstein (1988)–, a una “transición gradual del psicoanálisis”:

[...] pasando de ser una estructura teórica acabadamente unificada, desarrollada alrededor de la creación intelectual de su genio fundador [...] a la diversidad teórica que vemos hoy en todo el mundo en la que coexisten una al lado de la otra, la escuela americana de la psicología del yo [...], la kleiniana, la bioniana, la de relación de objeto (británica) a la que a veces se la restringe a la winnicottiana, la lacanianiana [...] (p. 3).

La lista no se agota, pero me parece importante destacar –junto con la convivencia de puntos de vista diferentes entre quienes ven al psicoanálisis como ciencia natural y quienes lo piensan como disciplina hermenéutica– la influencia que los contextos históricos, culturales y sociales, ejercen sobre el psicoanálisis en nuestros días.

El tiempo en la historia personal

No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil. Una doctrina filosófica es al principio una descripción verosímil del universo; giran los años y es un mero capítulo –cuando no un párrafo o un nombre– de la historia de la filosofía.

Jorge Luis Borges

Lleva un tiempo, también, hacer un recorrido teórico. Fui a buscar mis trabajos a lo largo de mi formación y rescaté algunos que llevan la impronta de mis preocupaciones en este camino.

Entre ellas, constatar la complejidad del campo teórico y clínico que se despliega como desafío en el armado de nuestros itinerarios teóricos.

Descubrir la importancia de darnos tiempo para poder leer, procesar, digerir y elaborar un pensamiento propio, nutrido de los aportes de los maestros que nos precedieron, pero sin querer hallar respuestas a supuestas verdades tranquilizadoras. (Esto lo rescato, ahora, como docente).

Tiempo de espera, de colocarse en teorización flotante, de “no saber nada si es que quiere poder oír” (Aulagnier, 1984, p. 17), enfrentando un trabajo de ligazón entre las teorías sedimentadas, y el aquí y ahora de los encuentros clínicos, que permite estar atento a poder oír lo novedoso, abriendo la reflexión teórica (lo ya-conocido), incorporando las dudas, y dejando una apertura a lo todavía no conocido, lo ignorado, lo nuevo que trae el paciente, lo imprevisto, lo incomprensible. Clínica que se abre, al decir de Rafael Paz (2008), entre las “manifestaciones del analizando y la percepción flotante del analista” (p. 66).

Remito a los conceptos de “trabajo del clínico” (Galli, 1985), “antecámaras teóricas” y “encadres a medida” (Winograd, 2002), para resaltar la importancia de poder elaborar esquemas referenciales de modo personal, en el entrecruzamiento de diversas teorías, conocimientos teóricos, experiencias clínicas, dudas, fracasos, análisis personal, supervisiones, sumando a ello las particularidades tanto de analista como de analizando teniendo en cuenta el momento histórico y social en que el psicoanálisis se desarrolla. Sin olvidar nunca que es un modelado provisorio, siempre cambiante, en esta preparación interminable.

Proceso de construcción de un texto, de una narrativa de nuestro propio transcurrir; pensando el proceso analítico como un proceso hermenéutico que va permitiendo construir una historia transferencial en un contexto intersub-

jetivo, donde analista y analizando se van influyendo mutuamente y van construyendo la realidad de su self y del otro, en donde lo que más importa es “la experiencia de los hechos vividos que los hechos en tanto tales”. (Duarte, 1999, p. 94).

También rescaté en este recorrido, un espíritu reflexivo indispensable para poder ocuparnos de las novedades. Zukerfeld (2013) citando a Green (1975, p. 237) nos recuerda que la supervivencia y el desarrollo del método psicoanalítico en este siglo va a depender de lo que prefiramos hacer frente a los cambios culturales: “O bien el análisis, manteniéndose en las posturas del análisis clásico, se coagula en un cuerpo embalsamado y esclerosado [] o procura extender su campo, profundizar sus conceptos y hacer su autocrítica, renovándose periódicamente” (p. 237).

Un tiempo institucional

Esta preparación interminable a la que aludía, incluye también un contexto, dado por la institución en la que elegí formarme. Una institución que se propuso desde sus documentos fundacionales –1996–, estimular un clima productivo, atendiendo a las vicisitudes personales, en donde pudiéramos sostenernos y formarnos como psicoanalistas en las realidades histórico-culturales que nos influyen.

Institución preocupada por una “formación permanente, que cuide de la relación personal que cada uno va haciendo con los autores y respetando los momentos de la evolución personal y el entramado de los recorridos individuales en contextos más amplios del saber psicoanalítico global”. (SAP, Respuesta al Informe de Educación de IPA, 2006, p. 2).

Una sociedad abierta a las problemáticas del pensamiento y las realidades actuales [...], que quiere se cuide la evolución individual de cada candidato en su desarrollo personal, académico y psicoanalítico, señalando, que no puede imponerse un criterio numérico respecto a la frecuencia sino que es una cuestión que debe ser contextualizada dentro del modelo de formación adoptado (*op. cit.*, p. 1).

Lleva un tiempo, también, entender que la institución ideal debe dar lugar a la institución posible.

Mi clínica de hoy lleva las marcas de este recorrido (tiempos personales, históricos, institucionales, tiempos de formación, de análisis y supervisión, pacientes, *hobbies*, amigos, familia, pareja, inquietudes culturales, tiempos actuales).

Dejo abierto el camino para seguir pensando estas experiencias en las que hoy estamos inmersos.

Habrà que inventar, tal vez, nuevos usos del tiempo y espacio que permitan la reflexión, el diálogo y el pensamiento, no tratando de volver a un pasado (irremisiblemente perdido), pretendiendo restablecer algo que cambió indefectiblemente, sino intentando encarar esta nueva temporalidad y espacialidad que se viene gestando con las redes informáticas, y que están aquí para quedarse.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andreas-Salomé, L. & Jumel, L. (2000[1912]). *À l'école de Freud : journal d'une année*. París: Mercure de France.
- Aulagnier, P. (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bion, W. R. (1966). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Hormé.
- Bolognini, S. (2015). Vínculos e intimidad. Trabajo presentado al XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis, Lima, septiembre. Recuperado 22 de marzo de 2016 de <https://www.facebook.com/SociedadPeruanaPsicoanalisis/posts/709294129202897:0>
- Borges, J. L. (2005[1956]). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé.
- Carroll, L. (2003[1865]). *Alicia en el país de las maravillas*. Madrid: Ediciones del Sur.
- Cervantes Saavedra, M. de (2012[1605]). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Espasa.
- Duarte, A. L. de (1999). Restos y rastros del pasado: historia y narrativa en psicoanálisis. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, (2), pp. 91-102.
- Eclesiastés (2009). *Santa Biblia: Nueva Reina-Valera versión siglo XXI* (Cap. 3, pp. 1091-1092). Miami: Vida.
- Ferenczi, S. (1966[1927a]). La adaptación de la familia al niño. En: *Problemas y métodos del psicoanálisis* (pp. 54-67). Buenos Aires: Hormé.

- Ferenczi, S. (1966[1927b]). El problema del fin de análisis. En: *Problemas y métodos del psicoanálisis* (pp. 68-76). Buenos Aires: Hormé.
- Ferenczi, S. (1984[1929]). El niño mal recibido y su impulso de muerte. En: *Psicoanálisis* (Vol. 4, pp. 85-90). Madrid: Espasa-Calpe.
- Freud, S. (1980[1913]). Sobre la iniciación del tratamiento: nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis. En: *Obras completas* (Vol. 12, pp. 123-144). Buenos Aires: Amorrortu.
- Galli, V. (1985). Sobre el trabajo del clínico. *Psicoanálisis hoy*, 1.
- Green, A. (1996[1975]). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba.
- Khan, M. (1982). Estar en barbecho. En: *Locura y soledad: entre la teoría y la práctica psicoanalítica* (pp. 75-81). Buenos Aires: Lugar.
- Kranzberg, M. (1986). Technology and history: Kranzberg's laws. *Technology and Culture*, 27(3), 544-560.
- Lemma A., & Fonagy, P. (2014). A feasibility study of psychodynamic online group intervention for depression and anxiety. *Psychoanalytic Psychology*, 30(3): 367-80.
- Lemma, A. (2015). El psicoanálisis en tiempos de la tecnocultura: algunas reflexiones sobre el destino del cuerpo en el espacio virtual. *Revista de Psicoanálisis* [Madrid], (75), 167-188.
- Nemirovsky, C. (2007). *Winnicott y Kohut: nuevas perspectivas en psicoanálisis, psicoterapia y psiquiatría*. Buenos Aires: Grama.
- Paz, R. (2008). *Cuestiones disputadas: en la teoría y la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Biebel.
- Rey, M. A. (2013). En el terreno de lo inútil. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, (17), 189-198.
- Rodríguez Plasencia, C. (2015). Herramientas contemporáneas: el uso de Skype y las nuevas formas de estar sin estar (Cartografías para un espacio analítico virtual). *Calibán: Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 13(1), 55-63.
- Sociedad Argentina de Psicoanálisis. (1996). *Documentos fundacionales*. Manuscrito no publicado, SAP.
- Sociedad Argentina de Psicoanálisis. (2006). *Respuesta al Informe de Educación de IPA*. Manuscrito no publicado, SAP.
- Sibilia, P. (2010). Mutaciones de la subjetividad: la exhibición de la intimidad como un eclipse de la "interioridad". En: J. C. Pe-

- rone (Org.), *La intimidad: un problema actual del psicoanálisis* (pp. 15-61). Buenos Aires: Psicolibro.
- Vilarriño, Idea (2000). *Poesía completa*. Montevideo: Cal y Canto.
- Virilio, P. (1993). Sujeto y velocidad. *Zona Erógena*, 4(16), 15.
- Viñar, M. (2002). Sobre encuadre y proceso analítico en la actualidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (96), 31-36.
- Viñar, M. (2012). Invención-tradición. *Calibán: Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, 10(1), 66-76.
- Wallerstein, R. (1988). ¿Un psicoanálisis o muchos? *Libro anual de psicoanálisis*, 4, 1-15.
- Winnicott, D. (1993[1971]). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gránica.
- Winograd, B. (2000) Psicoanálisis hoy. *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, (28), 153-165.
- Zukerfeld, R. (2013) El método psicoanalítico en el siglo XXI: ¿inutilidad esencial o magia modesta? *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, (17), 27-39